

Hispania, LVI/3, núm. 194 (1996)

IMAGINACIÓN Y RELACIONES INTERNACIONALES

por

GEMA MARTÍNEZ DE ESPRONCEDA SAZATORNIL

Prof. Dpto. H.^a Moderna y Contemporánea
Universidad de Zaragoza

RESUMEN: *La autora refiere el cambio experimentado en los últimos años en el estudio del papel de la opinión pública en las relaciones internacionales, prestando atención simultánea a la historiografía francesa, a la ciencia social anglosajona, y a los estudios de imagología propios de la literatura comparada en la medida en que ayudan a precisar conceptos a veces confundidos, como el de imagen y estereotipo. En la última parte del artículo se aborda críticamente el problema de la influencia de las imágenes y los estereotipos, tanto en la conformación de la opinión pública, como en las élites dirigentes, concluyendo el trabajo con una referencia a la importancia de estos temas en el campo de los estudios sobre la paz. No se pretende ofrecer una solución a los problemas, pero sí criticar la obviedad o confusión de muchas respuestas aceptadas en un campo historiográfico especialmente complejo y eminentemente interdisciplinar.*

PALABRAS CLAVE. **Relaciones internacionales, o posición pública, imágenes nacionales y percepción política internacional.**

ABSTRACT: *The author reviews the changes undergone in recent years in the study of the role of public opinion in international relations, paying attention both to French historiography and to Anglo-saxon social sciences, as well as the research on imagology posited by comparative literature in so far as they help to enlighten concepts that sometimes are confused such as «image» and «stereotype». In the last section of the paper the author tackles with a critical eye the problem of the influence of images and stereotypes both upon the formation of public opinion and that of the ruling elites, with reference to the importance of these subjects in the field of peace research (Friedensforschung). The aim is not to provide solutions to the problems but to criticize the banality or vagueness of many accepted conclusions in a specially complex and eminently interdisciplinary historiographic field.*

KEY WORDS: **National images, Perception international politics, Public opinion and international Relations**

Hispania, LVI/3, núm. 194 (1996) 1097-1118

El 12 de septiembre de 1917, una semana antes de que con los «raids» aéreos alemanes sobre Londres se corporeizase una de las fantasías de la «literatura de invasión» de comienzos de siglo ¹, el semanario satírico *Punch* publicaba un poema con el título de *A Lost Land*, en el cual Inglaterra despedía la imagen de una Alemania romántica. Una imagen que se había construido en el pasado con el brillo de sus pensadores y músicos, y que se mostraba ahora como una ilusión tras la cual se escondía una realidad muy distinta. Hasta entonces, nos viene a decir el autor, Alemania parecía ser un país de «curiosas ciudades con tejados rojos», donde se albergaban «hombres con aspecto meditativo», que envueltos en «togas solemnemente plegadas» pronunciaban «hondos discursos» sobre «los más profundos secretos del mundo», rodeados de jóvenes que les oían devotamente, «ansiosos de rasgar los velos que cubren la verdad». Una nación de filósofos en suma. Pero todo esto ahora se estaba manifestando como una «odiosa máscara» bajo la cual se ocultaba «un país lleno de odio», que había olvidado «las cosas que le hicieron grande» (la referencia a una grandeza espiritual definitivamente pasada, era necesaria, pues incluso un lector del *Punch* en 1917, no podía ignorar que Alemania había sido patria de Goethe, Bach o Lutero...). Y, ya en los versos finales, rematando el ajusticiamiento de la imagen de Alemania, se le supone complacida en sus propias «monstruosas culpas», es decir se le hacía consciente de todos los crímenes y barbaridades de las que le había acusado sistemáticamente la propaganda bélica inglesa ².

Al escribir esto el *Punch* ciertamente simplifica la imagen de Alemania que hasta entonces había existido en la opinión inglesa, mucho más compleja y problemática, en beneficio de la causa del momento, es decir de la fabricación por contraste del alemán servil y brutal. Pero en todo caso, el texto de *Punch* muestra dos cosas: la existencia de una imagen, la de Alemania en la opinión inglesa, y la necesidad de actuar sobre ella en una época de crisis.

Ahora bien, sin entrar en disquisiciones epistemológicas, es evidente que el mundo circundante se ofrece al observador no en una reproducción completa, sino como realidad selectivamente percibida. Y el hombre está unido con su mundo en la medida en que así lo percibe y condensa su percepción en imágenes ³. Por su parte, los psicólogos sociales no han dudado en afirmar

¹ La «literatura de invasión», es decir las obras de ficción que narran la invasión de las islas británicas por una potencia continental, fue frecuente en Inglaterra especialmente a comienzos de siglo, y constituyó un terreno de cultivo de estereotipos de lo alemán, tal como expongo en «Las Alemanías de los ingleses», trabajo de próxima publicación.

² *A learned land of wise old books/ and men with meditative looks, /Who move in quaint red-gabled towns/And sit in gravely-folded gowns,/Divining in deep-laden speech/The world's supreme arcana-each/A homely god to listening Youth/ Eager to tear the veil of Truth;/ Slave nation in a land of hate./ Where are the things that made you great?/...../Your lore- a hideous mask wherein/ Self-worship hides its monstrous sin.*

³ Tal como demuestra MERLEAU-PONTY, M., en su obra *Fenomenología de la percepción*, 1945, el ser humano se conecta con el mundo a través de la percepción (citado por LOWE, D. M., *History of Bourgeois Perception*, Chicago, 1981, pág. 1).

que las imágenes y estereotipos condicionan la percepción del otro en las relaciones internacionales de manera análoga a como sucede en la relación social directa ⁴. Y, por último, estas imágenes y estereotipos son producto de la imaginación social, es decir no de una facultad psicológica autónoma, sino de la vida social misma que representa amigos y enemigos, a rivales y a aliados ⁵. Ahora bien, la opinión pública carece respectivamente, salvo en épocas de crisis o de confrontación física directa, del interés o de la experiencia que le permitiría modificar significativamente las imágenes que rigen la percepción en las relaciones internacionales, máxime teniendo en cuenta, tal como veremos mas adelante, que tales imágenes integran siempre cierta dimensión histórica. No deja de ser significativo que los autores que tratan del problema de la opinión, en especial referencia a la política exterior, sean los que sigan manteniendo teorías que priman la pasividad de los públicos frente a la reactividad que se les ha solido conceder a partir de los años sesenta ⁶.

De todo lo dicho se deduce la importancia que tienen en el estudio de las relaciones internacionales, no solo la opinión pública en sus manifestaciones puntuales de afirmación o de rechazo, a menudo cuantificables, sino también el inventario cualitativo de las síntesis históricas o políticas que, directamente o a través de su divulgación por los medios, impregnan el imaginario social por lo que hace a otras naciones o Estados.

En todo caso, una posible metodología para el estudio de estas imágenes y estereotipos debe ir precedida de una valoración del espacio social donde terminan asentándose, el espacio de la opinión pública. Pues la relación entre los públicos y la política internacional ha distado de ser algo aceptado desde un principio. Es más, tradicionalmente los gobiernos consideraron como algo privativo la esfera de las relaciones internacionales, una esfera que debía ser

⁴ Esto es lo que demuestra detalladamente KLINEBERG, Otto, «Die menschliche Dimension in den internationale Beziehungen» en *Schriften zur Sozialpsychologie* ed. por Hardi Fischer, vol. 4, Berna; Stuttgart, 1966, especialmente pág. 62 y ss. Ver también del mismo autor *Psicología Social*, México, 1963, (1.ª ed. New York 1954), págs. 512-524.

⁵ Ver BACZKO, Bronislaw «Imagination sociale» en *Les imaginaires sociaux*, Paris, 1984, págs. 11-38.

⁶ Así, por ejemplo K. W. Deutsch ha remozado en las relaciones internacionales el paradigma de Lazarsfeld, es decir la interposición en el proceso de formación de la opinión de masas de los llamados líderes de opinión, con su «cascade model», una serie de procesos descendentes en cascada, donde en cada uno de sus remansos actúan los grupos formadores de opinión, desde las élites sociales hasta los periodistas y los líderes de opinión, ya en contacto con los públicos finales. Así lo expone en el capítulo 10.º de su *The Analysis of International Relations*, ENGLEWOOD CLIFFS, N. J., 1968. De manera empírica las primeras encuestas tras la Segunda Guerra Mundial habían llegado a la misma conclusión, afirmando que, a largo plazo, la influencia de la prensa sobre la opinión era siempre la decisiva en temas internacionales: *Over a long-term period, the newspapers influence can be very pronounced (especially, as been seen, in the sphere of foreign affairs); the process by which reader's opinion is eased along in its natural direction may only take the form of very strong reinforcement, but may also border in the formation of news ideas, in that it sows seeds and implants suggestions on points to which people have up to now given next to no thought*, cfr. *Mass Observation*, «The Press and Its Readers», London, 1949, págs. 8-9.

puesta a salvo de los vaivenes de la opinión o de los intereses partidistas. Incluso en Inglaterra, donde la expresión «public opinion» surge en relación con un tema de política exterior⁷, un incidente como el registrado en 1852 entre el *Times* y el gobierno, por la condena que este periódico hace de la política de Lord Palmerston frente al golpe de estado de Luis Napoleón Bonaparte, muestra hasta qué punto el poder reaccionaba agresivamente ante lo que juzgaba interferencias irresponsables en un terreno reservado a la prudencia política y a las razones de estado⁸. Ahora bien, en el último tercio de siglo esta opinión pública, que todavía guardaba cierta homogeneidad social con las élites dirigentes, es sustituida por el público de masas. Si bien en un principio los gobiernos, y especialmente sus aparatos diplomáticos tradicionales, pudieron sentirse incómodos con las exigencias y pasiones surgidas de esta nueva opinión, muy pronto percibieron las posibilidades de influencia y de manipulación que la situación ofrecía, y precisamente en el campo de las relaciones internacionales. A largo plazo, mediante la inculcación en la escuela y en la vida cotidiana de identidades nacionales que comportaban siempre la imagen convenida del otro, a corto plazo procurando manipular a las masas a través de la información selectiva o de la pura propaganda en la prensa⁹. El proceso alcanzó su apogeo, en ambos bandos, durante la primera guerra mundial, aunque a la postre los gobiernos vencedores, como aprendices de brujo con sus desaforadas y mendaces campañas de prensa, se sintieron en gran medida cautivos de sus respectivas opiniones durante las trabajosas negociaciones que condujeron a la Paz de Versalles¹⁰.

⁷ Inglaterra constituye un «caso modélico» no solo, como es sabido, por lo temprano de la constitución del espacio social que se denominará «opinión pública», sino también por la relación entre esta opinión y la política exterior. En 1791, el whig Fox, atacando la política de Pitt frente a la Revolución Francesa, apela por primera vez, no al vagoroso «sense of people» o a la «common opinion», sino precisamente a la «public opinion», formulando el principio de una opinión pública racionante y bien informada como sancionadora de toda política exterior; ver para todo el episodio el fundamental trabajo de HABERMAS, J., *Historia y Crítica de la Opinión Pública*, 3.ª ed., México, 1986 (la 1.ª ed. alemana es de 1962), págs. 101-102.

⁸ La reacción del diario británico constituye a *classic expression of the principles by which newspapers should be guided in their relationship to Government policy*, proclamando la misma obligación para el periodista que para el historiador, la de la búsqueda de la verdad por encima de todo y con independencia de lo que el gobierno estimase fuesen los intereses nacionales en política exterior (WILLIAMS, Francis, *Press, Parliament, and People*, London; Toronto, 1964, pág. 138 ss). Un principio, podemos añadir, contra el que el primero en pecar habría de ser el propio *Times*...

⁹ Los numerosos trabajos comparativistas editados por el Internationale Schulbuchinstitut de Braunschweig sobre manuales de historia europeos, proporcionan abundantes pruebas de lo que decimos. Pero, más allá de la escuela, todo el proceso de socialización, incluido el ocio, comportaba estereotipos o imágenes nacionales, ver por ejemplo para el caso inglés MACKENZIE, John M., *Propaganda and Empire. The Manipulation of British Public Opinion 1880-1960*, Manchester, 1990.

¹⁰ *Les trois hommes sont populaires* (se refiere a Wilson, Lloyd George y Clemenceau, pero también podría incluirse a Orlando); *mais fortement épiés par les milieux politiques de leur pays, ils savent que leur action doit reconstruire l'adhésion de leur opinion publique pour pouvoir être acceptée par le pouvoir parlementaire; d'où leur souci évident de «coller» a la mentalité nationale dominante*, GIRAULT, R., y FRANK, R., *Turbulente Europe et nouveaux mondes 1914-1941*, Paris, 1988, pág. 59.

Hasta este momento, e incluso después, la historia de las relaciones internacionales, en la medida en que quería ir más allá de una historia puramente diplomática, había incluido el estudio de la opinión pública de manera puramente subsidiaria, espigando textos de prensa o manifestaciones públicas, sin preocuparse demasiado de método alguno ¹¹. Pero, durante los años de entreguerras, la sociología y la ciencia política anglosajonas incorporaron sistemáticamente la opinión pública al estudio de las relaciones internacionales y había razones para ello. Por un lado, la propaganda de guerra había probado la capacidad de manipulación de la opinión por parte de la prensa o de la administración, y al mismo tiempo una ideología democrática y racionalista, inspirada en los puntos 1 y 14 de Wilson, preconizando una política exterior *frankly and in the public view*, exigía la constitución de una opinión pública informada y responsable. Ya fuese en función de lo primero o movidos por el deseo de garantizar el cumplimiento de los ideales wilsonianos, la opinión pública se incorporó al estudio de las relaciones internacionales, contemplada alternativa o complementariamente, como sanción legitimadora, como instrumento o dato (encuestas) y, a veces, como una fuerza generadora (directriz y límite) del proceso político ¹².

En el campo de la historia propiamente dicha, en los años de renovación historiográfica, el estudio de las relaciones internacionales paga cara la soberbia de que había hecho gala cuando, encastillada en una historia puramente diplomática, había ignorado a «la intendencia» ¹³. De esta manera, cuando la intendencia se independizó, queremos decir, cuando la historia social y económica alzó la cabeza con la renovación que supuso la fundación de los *Annales* en 1929, volvió la espalda a esta disciplina ¹⁴.

¹¹ Metodológicamente hablando no hay diferencia sensible, por ejemplo, entre una vieja obra como la de THOMPSON, G. C., *Public Opinion and Lord Beaconsfield*, London, 1886, que trata de la cuestión de oriente y Disraeli, y la de CARROLL, Malcom, *French Public Opinion and Foreign Affairs 1870-1914*, New York, 1931, los dos se limitan a recoger puntualmente las opiniones de la prensa, sin mucho más.

¹² LEISERSON, Avery, s. v. «Opinión pública», en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, dirigida por David L. Sills, Madrid, 1974 (ed. inglesa 1968), t. VII, pág. 461; ver también los artículos de PHILIPS DAVISON, W., en la misma voz, o en «Política Exterior» de COHEN, B. C., VII, pág. 391-396, entre otros más. Todas con bibliografías que incluyen los años treinta.

¹³ La expresión es de GIRAULT, *Le difficile mariage de deux histoires. Economie et relations internationales dans le monde contemporaine*, *Relations Internationales*, 41, (1985), págs.13-28; pág. 14. Incluso las obras que anuncian en su introducción que las relaciones internacionales no constituyen *une espace de mécanique pure*, y que hay que tener en cuenta las corrientes de opinión pública, se olvidan de sus intenciones después, y el resultado sigue siendo el mismo: la historia de las negociaciones o de las intrigas diplomáticas. Girault se refiere aquí a *L'Alliance franco-russe* (Paris, 1936) del barón Boris Nolde.

¹⁴ La Escuela francesa de los «*Annales*» jamás trató en origen tema alguno de relaciones internacionales, género con la mácula de ser «evenemencial» por excelencia. Lo que pensaba Febvre de tal tipo de historia puede verse en su crítica a la obra de HAUSER, «L'histoire diplomatique de l'Europe» (1929), en la cual por cierto colaboraba RENOUVIN, en la *Revue de Synthèse Historique*, (1931), págs. 9-14, «Histoire ou politique?, un problème d'orientation», y lo que seguía pensando quince años después de una obra análoga se desvela sólo con el título: «Sur un mort qu'il faut toujours tuer», *Annales, ESC*, 1 (1946), págs. 182-184.

Por eso, el tránsito de la historia diplomática clásica a la historia de las relaciones internacionales se realizó al margen, y a veces en contra, del grupo de los *Annales*¹⁵. Efectivamente, la creación de la actualmente llamada «*école française d'histoire des relations internationales*», o a veces franco-suiza con la presidencia de J. Freymond, se realizó en el seno de la «*Fondation Nationale de Sciences Politiques*» y por los desvelos de Pierre Renouvin, y su inmediato discípulo J.B. Duroselle. De manera sorprendente para un observador ajeno al entramado de la vida académica del vecino país, este alojamiento inicial de la escuela no propició, sino casi todo lo contrario, un acercamiento a las ciencias sociales¹⁶. Con independencia de algunas anticipaciones de la época de entreguerras, la visión de lo que debe ser este nuevo tipo de historia se formula en su introducción a la *Histoire des Relations internationales* (1955-58) dirigida por el mismo Renouvin, y en la obra publicada en unión de Duroselle, *Introduction a l'histoire des relations internationales* (1967)¹⁷.

Como es sabido la innovación de Renouvin consiste en la inclusión, al lado de la acción de estadistas y políticos, de lo que denomina «fuerzas profundas», constituidas de manera muy genérica por la evocación de los factores geográficos y demográficos, económico-financieros y mentalidades colectivas¹⁸.

A pesar de la reverencia debida a los padres fundadores, son algunos representantes de la tercera generación de esta escuela francesa de relaciones internacionales los que han hecho la crítica más acertada de esta teoría que no quiere presentarse como tal. Así, Jacques Thobie ha resaltado el estatuto impreciso de estas fuerzas profundas, concebidas en definitiva como elementos disociados, portadores de una influencia más o menos grande sobre tal o tal decisión determinada, pero incapaces de proporcionar un fundamento

¹⁵ Hervé Coutau-Begarie, ha insistido especialmente en la marginación de Renouvin y su primera generación de discípulos, por parte de los «analistas», vease *Le phenomene Nouvelle Historie. Grandeur et decadence de l'école des Annales*, 2.^a éd. refondue, Paris, 1989, pág. 179; pág. 326 ss.

¹⁶ Renouvin abandona la delimitación cronológica usual en Francia para delimitar el campo de la ciencia política del de la historia, pero en cambio insistió en la diferencia metodológica: la historia debe limitarse al estudio de los *enchainements singulieres*, el historiador con experiencia *est appelé a generaliser parfois* (sic); *il ne lui est pas interdit de proposer des hypothèses, voire des conclusions*, pero las comparaciones y el establecimiento de teorías generales le está vedado, como terreno propio que es de la politología... (ver DUROSELLE, J. B., «Pierre Renouvin et la science politique», *Revue française de Science politique*, 1975, págs. 557-572; págs. 564-565). Bastantes años después, y en un ambiente distinto, el mismo Duroselle seguía insistiendo en que los historiadores debían trabajar con *spontanéité et empirisme, sans cadre conceptuel préalable*, y sólo después podían *clarifier et classer*, el trabajo con teorías o hipótesis previas queda reservado a los «sociólogos», contra los que no deja de insinuar algunas maldades ... «Opinion, attitude, mentalité, mythe, ideologie: essai de clarification», *Relations internationales*, 2,(1974), 3-23.

¹⁷ Las dos obras fueron traducidas muy pronto al español, *Historia de las Relaciones internacionales, siglos XIX y XX*, Madrid, 1960-64, 3. v., y varias reediciones; *Introducción a la política internacional*,(sic), Madrid, 1968. Las citas se dan por estas traducciones.

¹⁸ La expresión «mentalidades» pertenece más bien a la tercera generación de la escuela, Renouvin suele usar el término más tradicional de «psicología colectiva», o «estructura mental»...ver *Historia...*, 1,pág. xiii e *Introducción...*, pág. 3, por ejemplo.

para una comprensión general de la evolución de la historia de las relaciones internacionales. Se constata, concluye este crítico discípulo, que en realidad esta concepción retorna a privilegiar lo que desde un principio ha sido presentado como elemento estable e irreductible. La acción del Estado, por consiguiente, viene a insertarse «en el centro de las relaciones internacionales»¹⁹.

La primacía por lo tanto sigue en lo político, y *aquí a fin de cuentas, la voluntad de un hombre o de un grupo de hombres aporta el elemento esencial de explicación*²⁰.

Casi veinte años después de la publicación de la *Introducción a la política internacional*, J.B. Duroselle, abandonando en cierta manera el ascetismo positivista que había compartido con su maestro, publica lo que llamó *una visión teórica de las relaciones internacionales*, con un título genérico de carácter apocalíptico, al decir de uno de sus críticos, quien concluye que esta obra consistiría en un regreso al historicismo, teñido en fuentes de inspiración metafísica, junto a ciertos toques funcionalistas; una revalorización del viejo esquema de «fuerzas profundas», sin el vigor que adornaba al maestro Pierre Renouvin...²¹.

Pero, en todo caso, lo que aquí nos interesa es el papel que Renouvin y Duroselle conceden a la opinión pública. No puede negarse que ambos fueron conscientes de la mutación que se registró en la historiografía francesa entre 1950 y 1960, con la relevancia concedida al estudio de las mentalidades. En su *Introducción...* se concede considerable espacio a lo que ellos llaman *los rasgos de la mentalidad colectiva y las grandes corrientes sentimentales*, incluso se habla de *marejadas pasionales en la opinión pública*²². Pero llegado el tema que nos ocupa sus reservas son muy grandes²³, ambos confiesan haberse planteado la necesidad de haber dedicado un capítulo de su obra al estudio de la opinión pública, cosa que no hicieron porque, según dicen, aunque *es innegable que las manifestaciones de la opinión influyen a menudo en las decisiones del hombre de Estado, en realidad no son más que el reflejo de las condiciones*

¹⁹ *Introducción...*, *op. cit.*, pág. 1.

²⁰ Es una frase de la *Introducción...*, *op. cit.*, pág. 513. Por lo demás, concluye por su parte Thobie, en los casos particulares puede dosificarse la parte adjudicada a cada una de las «fuerzas profundas», *ici un peu plus de nationalisme, la plutôt de la démographie, ailleurs encore de l'économie*, y así sucesivamente. La crítica de ТЮБИЕ, J. en «La dialectique forces profondes-decision dans l'histoire des relations internationales», en *Relations Internationales*, 41,(1985), págs. 29-38; pág. 30.

²¹ *Tout Empire perira*, Paris, 1983; la crítica de MESA, Roberto, en «Una propuesta para el desarrollo del estudio de las Relaciones Internacionales» *Sistema*, núm. 56, 1983, ahora incluido en la *Nueva sociedad internacional*, Madrid, 1992, págs. 83-108; pág. 92.

²² *Introducción...*, *op. cit.*, pág. 2, en este libro se concede casi tanto espacio a los «sentimientos» como al resto de los factores geográficos económicos y financieros juntos.

²³ Ya en su introducción a la *Historia de las relaciones internacionales*, Renouvin trató el tema de la opinión pública como manifestación de la «psicología colectiva», pero mostrándose lleno de incertidumbres sobre como estudiarla y de escepticismo acerca del valor de la prensa para eso, *op. cit.*, pág. xii-xiii.

demográficas, de los intereses económicos o financieros y de las tendencias de la psicología colectiva ²⁴.

Quizá haya que ver en estas reticencias, al lado de la tradicional desconfianza positivista frente a todo lo que no es papel de archivo (es decir, frente a la prensa), la nueva desconfianza respecto al mismo concepto de «opinión pública», considerado como más propio de la ciencia política que de la historia ²⁵.

Pero la situación del estudio de la opinión pública en las relaciones internacionales ha cambiado completamente en los últimos años. Más que enumerando obras y autores, que los hay y muy importantes, esto puede mostrarse a través de dos empresas de la comunidad historiográfica europea. En febrero de 1980 se abrieron en Roma unos coloquios cuyo tema rector fue precisamente el de la opinión pública, en función de la cual se trató la política exterior de 1870 a 1981 ²⁶. La amplitud del marco cronológico y lo genérico del enunciado, explica cierta dispersión temática y aún metodológica en las distintas aportaciones, (aunque en este coloquio vieron luz las reflexiones metodológicas de Pierre Milza, de las que nos ocuparemos más adelante). Dos años después se celebró el coloquio de Sevres, que inauguró un proyecto de historiadores de las cuatro grandes potencias occidentales partícipes en la segunda guerra mundial. Esta vez la materia estaba más delimitada temática y cronológicamente. Se trataba en una primera fase, de estudiar «la puissance et la perception de la puissance» en la Europa de 1938 a 1940 ²⁷. Un Estado, dice uno de los directores del proyecto, dispone de recursos militares, económicos o demográficos, pongamos por caso, relativamente fáciles de cuantificar. Pero, ¿cómo valorar las cualidades morales, la «voluntad» de los gobernantes y de las opiniones públicas?. Responder a esta difícil cuestión, proseguiría el mismo autor, era responder a la pregunta de que percepción tenían de sí mismos y de los demás. *Un Estado o una nación, concluída, no es poderosa en sí misma, sino que es pensada o reconocida como tal por sus habitantes y por los habitantes de los otros países* ²⁸. Aunque en los dos volúmenes

²⁴ Introducción..., *op. cit.*, pág. 3

²⁵ Esta impermeabilidad a las ciencias sociales se acusa también en las páginas de Renouvin dedicadas al estudio de los temperamentos nacionales. Después de afirmar que *las reacciones mentales y el comportamiento de cada pueblo presentan características peculiares que contribuyen a modelar la opinión pública, y a explicar en parte, su actitud respecto a pueblos vecinos*, y con una bibliografía que incluye trabajos de antropólogos y politólogos, el catálogo de los rasgos propios de alemanes, franceses o ingleses no se aleja mucho de las imágenes simplificadas de Salvador de Madariaga en *Ingleses, franceses, españoles*, Buenos Aires, 1956, (la 1.ª edición, Madrid, 1929, traducido al francés en 1936); o de A. Sigfried, *L'ame des peuples*, Paris, 1950.

²⁶ *Opinion publique et politique exterieure*, Roma, 1981-1985, 3 vol., que comprenden los periodos 1870-1915; 1915-1940 y 1945-1981.

²⁷ El resultado de la primera fase de este proyecto ha sido la publicación de *La puissance en Europe 1938-1940*, ed. por Rene Girault y Robert Frank, Paris, 1984 y de *Machtbewusstsein in Deutschland am Vorabend des Zweiten Weltkrieges*, ed. por Frank Knipping y Klaus Jürgen Müller, Paderborn, 1984.

²⁸ Las citas son de GIRAULT, Rene, en su introducción a *La puissance en Europe*, *op. cit.*, págs. 5-6.

publicados la mayoría de las investigaciones se concentran en las opiniones de los «decision makers», es decir de las élites del gobierno y las administraciones, en ninguno se descuida el área de la opinión pública. Pero lo que aquí nos interesa sobre todo, es que este estudio de la opinión no se limita, aunque también lo hace y de manera ejemplar, al tratamiento del material hemerográfico a pie de obra, es decir, a las reacciones del día a día, sino que incluye dimensiones que lo sobrepasan, penetrando en el campo de las imágenes y los estereotipos, y abarcando en consecuencia las síntesis históricas o los manuales escolares, el cine o la literatura ²⁹.

En consecuencia, a estas alturas puede afirmarse, que el estudio de la opinión pública en las relaciones internacionales se encuentra perfectamente integrado, incluso en sus dimensiones hasta ahora más inéditas, como la que aquí nos ocupa. Y lo que es todavía más importante, que en principio parece que esto sucede sin desconocimiento ni recelo frente a las ciencias sociales que puedan servirle de ayuda. Sin embargo, al plantear el problema del método prestando atención especial a la escuela francesa, no solo por razones de proximidad sino por tratarse de la más propiamente histórica o de historiadores, no podemos menos de advertir que aquí, como en otros terrenos, el deseo de mantener o crear doctrina propia conduce a la multiplicación o indefinición de términos y conceptos, en muchos casos evitable por mínima atención que se hubiese prestado al desarrollo de la investigación en el terreno, pongamos por caso, de las ciencias de la comunicación, de la política, o incluso de la literatura comparada. Cosa que puede apreciarse en la elaboración de Pierre Milza. Como conclusión de los primeros coloquios de Roma, que antes mencionábamos, este investigador ofreció un arsenal de conceptos para trabajar la opinión pública y la política extranjera que han hecho fortuna en la historiografía francesa, en la medida en que se ofrecen como puente para conciliar un tema tan tradicionalmente «evenemencial», como el de las relaciones internacionales, con una escuela tan francesa como la de las mentalidades y los tiempos largos ³⁰.

Milza propone una aproximación metodológica basada en el concepto de «opinión global», con lo que designa el sentimiento colectivo frente a una situación o un hecho dados. Este sentimiento es percibido en dos planos o niveles de distinta consistencia y longitud temporal.

²⁹ Por ejemplo los trabajos reseñados en el volumen francés, el de R. Pithon sobre el cine, el de C. Sellin sobre manuales escolares o el de Ageron sobre el mito imperial y ultramar (pág. 393 ss.), o los incluidos en el volumen alemán, el de G. Hay sobre la literatura nacionalsocialista (págs. 317-326), o el de K. F. Werner sobre la historiografía de 1933 a 1940 (págs. 327-362).

³⁰ «Conclusion. Opinion publique et politique étrangère», en *Opinion publique et politique étrangère*, I, 1981, págs. 662-687, el texto fue reproducido con escasos cambios y con un título ligeramente distinto, «Opinion publique et relations internationales», como prólogo a *Le fascisme italien et la presse française 1920-1940*, Bruxelles, 1987, págs. 11-41. El mismo Milza confiesa abiertamente en otro de sus artículos programáticos su deseo de contribuir a una armonización de las dos escuelas, la de los analistas y la suya propia, que habían tenido sus más y sus menos, ver «Mentalités collectives et relations internationales», *Relations Internationales*, 41, (1985), págs. 93-109.

Un primer plano incorpora los elementos de la «opinión emergente», elementos de inmediatez —la realidad de la situación mundial y como es vivida, el juego político interno, reacciones espontáneas de la colectividad— que pueden ser medidos cuantitativamente por los sondeos y cualitativamente por el análisis de la prensa.

En un segundo plano o nivel se encuentran otros vectores más estables estructuralmente, de tiempo más largo, como la ideología y las actitudes mentales más permanentes (prejuicios, mitos, estereotipos nacionales, imágenes ... etc) e incluso podría hablarse, con muchas precauciones, de la «identidad cultural» del grupo ³¹. El resultado, por lo tanto, se inscribe en esta dialéctica entre el tiempo corto, de la emergencia, y el largo, de las mentalidades, con lo cual se logra también la labor de conciliación que en principio se proponía el autor.

El modelo ofrecido por Milza tiene la ventaja de ser claro y práctico, tal como él mismo se ha encargado de demostrar en sus investigaciones ³². Sin embargo, y antes de centrarnos en el aspecto que aquí tratamos, una se preguntaría por qué este tipo de elaboraciones, que reconocen además de entrada el retraso de la ciencia histórica en el tema, no se muestran más receptivas, intentando adoptar conceptos o terminologías de ciencias sociales que llevan mucho tiempo entregadas a la investigación de la opinión pública, sus elementos, sus condicionamientos y sus efectos. Nos parece por ejemplo, precipitado prescindir de las elaboraciones de los sociólogos, pretendiendo abusivamente que para ellos el concepto sólo existe en la medida en que registra «unicidad», es decir que identifican opinión con consenso ³³.

De esta manera quedan fuera de juego, pensamos que injustamente, las distinciones usuales en la literatura política y sociológica de consensos y conflictos básicos y específicos como integrantes de la opinión, el concepto de «clima de opinión», tan cercano al de opinión global del mismo Milza, e incluso las teorías de la opinión como sistema, que merecerían quizá un aprovechamiento ³⁴.

³¹ Aquí Milza se remite expresamente a S. Friedländer, «Mentalité collective et caractère nationale», *Relations Internationales*, 1974, (2), págs. 25-35.

³² *Français et italiens à la fin du XIX siècle*, Roma, 1982.

³³ *Tout d'abord, il apparaît qu'il n'y a jamais —ou qu'il n'y que très exceptionnellement— d'unicité de l'opinion publique. En ce sens, les historiens se distinguent en général des sociologues pour qui il n'existe d'opinion publique que dans un cadre consensuel fortement marqué.*, en *Opinion Publique et Politique Extérieure*, op. cit., 1, pág. 666.

³⁴ Por citar sólo algunos autores, LAZARFELD, P. F., «La opinión pública y la tradición clásica», en *Los medios de comunicación social*, ed. por Ch. Stinberg y W. A. Blum, México, 1958, pág. 37 ss; BAUNHAUER, «Clima de opinión, control social, un acercamiento sistemático general», en *La opinión pública*, México, 1976, págs. 5-27. También es verdad que politólogos, sociólogos y comunicólogos a menudo elaboran sus conceptos sin tener en cuenta lo que hayan trabajado los historiadores. El problema de fondo, claro está, es el de la relación entre las ciencias todavía llamadas humanas o humanidades y las ciencias sociales, o si se prefiere el de la tan frecuentemente concurrida pluralidad, inter- o multidisciplinariedad...

De todos modos, en el tema que tratamos aquí, el de la imaginación en las relaciones internacionales, se perciben algunas coincidencias, aunque sean parciales, no buscadas e incluso ignoradas, entre la historia y las ciencias sociales.

Nos referimos a la negativa de reducir el estudio de la opinión pública a la cuantificación de procesos comunicativos singulares a corto plazo, prescindiendo del contexto estructural histórico, que supone la incorporación de imágenes o ideas alojadas en los tiempos largos³⁵. De esta manera confluyen aquí felizmente recientes planteamientos de especialistas en comunicación con las ideas de Pierre Milza, cuando habla de que las variaciones de la opinión se registran siempre sobre un fondo de imágenes, estereotipos y referencias culturales.

Sin embargo, es a nuestro juicio en este terreno de la imaginación social donde todavía hay cierta confusión de términos y conceptos. A resolverla no ayuda el texto de Milza, ya que este autor en lo que denomina *las zonas de sombra, que permanecen tras el análisis espectral de los comportamientos ideológicos*, enumera simplemente las imágenes, los estereotipos y los mitos nacionales, sin establecer distinción alguna entre estos términos³⁶. Es verdad que en muchos historiadores y en algunos científicos sociales hay tendencia a identificar sin más imagen con estereotipo nacional, e incluso con prejuicio³⁷.

De ahí la importancia que tiene para la distinción de ambos conceptos prestar atención a los especialistas en literatura comparada, donde hemos encontrado más diferenciaciones y matices. La investigación de las «imágenes nacionales» en la literatura tropezó en un principio con la condena del pontífice americano de la ciencia literaria, René Wellek, que veía en ella un trabajo «impuro», que terminaba reduciendo la literatura a un repertorio documental para una elaboración de algo ajeno a lo propiamente literario³⁸. Una crí-

³⁵ Ver, por ejemplo, el interesante libro de BÖCKELMAN, F., *Formación y funciones sociales de la opinión pública*, Barcelona, 1983, (la edición alemana es de 1975), pág. 100 ss.; pág. 132 ss.; pág. 180 y ss...etc.

³⁶ *Opinion publique*, op. cit., t. I, pág. 673 ss.

³⁷ Así sucede en la obra que inaugura el género en la escuela francesa, la de REMOND, René, *Les Etats Unis devant l'opinion française 1815-1852*, Paris, 1962, 2 v.; o en CORBET, *L'opinion française face a l'inconnue russe 1799-1894*, Paris, 1967. Las tesis del sólido trabajo de G. STEINER, Marlis, *Hitler Krieg und die deutsche Stimmung und Haltung der Bevölkerung im Zweiten Weltkrieg*, Düsseldorf, 1970, que mantiene la sinonimia entre imagen, estereotipo, y opinión (sobre una nación) fueron acogidas y celebradas por la escuela francesa con motivo de la publicación de su artículo «L'évolution des images nationales en Allemagne pendant la deuxième guerre mondiale», *Relations Internationales*, 2, (1974), págs. 213-232, en el mismo número de la revista Duroselle adopta la distinción, y hasta la terminología de Stimmung (opinión) y Haltung (actitud) en su trabajo citado en nota 17. La sinonimia de imagen y estereotipo es también común entre algunos politólogos, así por ejemplo KLINEBERG, Otto, *Tensions Affecting International Understanding*, New York, 1950, pág. 115 ss. y en cierta manera en el trabajo clásico de ALMOND, G., *The American and Foreign Policy*, New York, 1950.

³⁸ Una exposición de toda esta polémica sobre los estudios de «imagología» en FISCHER, S., «Literarische Imagologie am Scheideweg. Die Erforschung des "Bildes vom anderen Land" in der

tica que desde su punto de vista no dejaba de tener cierta justificación, en la medida en que los autores franceses, principales cultivadores del género en los cincuenta y los sesenta, terminaron subsumiéndolo en las ciencias de la cultura, o más exactamente en la historia de las mentalidades o en la antropología cultural. La «imagerie culturelle» de un Pageaux, por ejemplo, concluye afirmando que la formación de las «imágenes nacionales» es un proceso complejo que rebasa la metodología tradicional de la literatura, obligándola a considerarla sobre todo, como un «fait social»³⁹. Por ello, no es de extrañar la reacción que se señala desde los ochenta en la escuela alemana de literatura comparada, abandonando una transdisciplinariedad que, según ellos, habría sido letal para la ciencia literaria, y reduciendo en consecuencia la «imagología» al estudio de la función retórica y estética de las imágenes nacionales en el marco predominantemente de la teoría de la recepción, llegando incluso a considerar irrelevante, por extratextual, la cuestión de la mayor o menor adecuación a la realidad de las imágenes nacionales contenidas en los textos⁴⁰. Sin embargo, esta nueva orientación, aún siendo más ajena a la investigación histórica que la primera (que como vimos terminaba prácticamente confundiendo con las ciencias sociales), no por eso deja de ofrecer algunas conclusiones que nos interesan especialmente en el tema que nos ocupa⁴¹. El enjuiciamiento estrictamente «poético» de la imagen conte-

“Literatur-Komparatistik”» en *Erstarrtes Denken*, ed. por G. Blaicher, Tübingen, 1987, págs. 55-71. La polémica en todo caso ha perdido gran parte de su sentido, como se concluye en un ejemplar trabajo de la escuela americana de «imagología»: *That imagological study is not literary study is, in the mid 1980s, a charge that seems less forceful or threatening than it apparently did in the fifties. Wellek and Warren's famous theoretical fulmination against the introduction of so-called extrinsic methodologies (impurities) into the sacred realm of the intrinsic study of literature have largely gone up in smoke. The quest for pure «literariness» had passed the way of the quest for other absolutes; and methodology (whether structuralist, psychoanalytic, imagological or other) is no longer thought of as inexorable tied to a single discipline, like the study of literature. Literary study is today largely defined by its subject matter, not by its approach.* EDGERLY FIRCHOW, Peter, *The Death of German Cousin, Variations on a Literary Stereotype 1890-1920*, London; Toronto, 1986, pág. 183. Una conclusión que seguramente no aceptarían muchos teóricos de la literatura, pero con la que coincidirían la mayor parte de los historiadores.

³⁹ El título del trabajo de PAGEAUX, D. Henri, es todo el programa: «L'imagerie culturelle: de la littérature comparée à l'anthropologie culturelle», *Synthesis*, 10, (1983), págs. 59-78.

⁴⁰ Un panorama de los métodos y resultados de la «imagología» alemana en un estudio que recoge el resultado del Congreso de Literatura Comparada de 1984, *Europa und das Nationale Selbstverständnis. Imagologische Probleme in Literatur, Kunst und Kultur des 19. und 20. Jahrhunderts*, ed. por H. Dyserinck y K. U. Syndram, Bonn, 1988, especialmente la contribución de Dyserinck, págs. 13-39.

⁴¹ Aparte de las diferenciaciones entre estereotipo e imagen a la que aludimos en el texto, la definición de «imagen» que da una de las cabezas de la escuela alemana de imagología responde ampliamente a las apetencias de la historia: *un conjunto estructurado y con dimensión histórica constituido por un complejo de afirmaciones sobre la representación del otro, que se aloja en procesos de textualización literaria y de socialización, pudiendo denominarse la totalidad o algunas de sus partes «imagotipos», con el fin de diferenciarlos de los «estereotipos», más reduccionistas y propios de las ciencias sociales*, Fischer en art. cit. págs. 57-58.

Hispania, LVI/3, núm. 194 (1996) 1097-1118

nida en cada obra literaria no excluye el reconocimiento de una imagen media a lo largo de un periodo de tiempo, y es aquí donde la imagología otorga un papel a los estereotipos en el seno de la imagen, pero sin identificarlos con ella. Los elementos comunes a varias imágenes, a manera de constantes supratemporales, que garantizarán la consistencia de la imagen común o media, se presentarían muy a menudo, aunque no siempre, bajo la forma de estereotipos aplicados al comportamiento o las cualidades de grupos de personas determinadas (estudiantes, militares, escritores...). El estereotipo, por lo tanto, se distinguiría de la imagen por su rigidez e invarianza. Desde este punto de vista es lógica la conclusión de que a medida que aumenta el número de autores estudiados y disminuye su valor literario aumenta la probabilidad de que el caudal de estereotipos se imponga a la imagen, hasta neutralizarla por completo ⁴².

La distinción así lograda entre imagen y estereotipo, basada en un gradiente entre ambos, y no solo en su oposición pura y simple, nos parece de importancia para el estudio histórico del papel de la imaginación, «las imágenes», en las relaciones internacionales. Naturalmente la historia no puede prescindir tan absolutamente del grado de concordancia o discordancia que pueda guardar una imagen con su referente real. Pero tampoco puede estudiar una imagen exclusivamente como medio de conocimiento de la realidad, pues las ilusiones o apariencias que pueda encerrar, como dijo un clásico de todas las ilusiones y apariencias, también forman parte de la realidad y pueden terminar influyendo sobre ella.

En todo caso, para delimitar el concepto de imagen conviene en principio, liberarla de cualquier contaminación con el de estereotipo. Hay en primer lugar, una serie de estereotipos provenientes de una tradición clásica que ignoraba este término. Una tradición que a través de la escolástica, primero, y de los viajeros y geógrafos del los siglos XVI y XVII produjo lo que llamaban entonces «icones animorum» y que habría de perdurar en las centurias siguientes, sin desaparecer después nunca del todo, reapareciendo en la literatura ensayística de nuestros días y sirviendo de munición contra el enemigo en épocas de crisis o confrontación bélica: los italianos como intrigantes, los españoles fanfarrones e individualistas, los alemanes trabajadores y belicosos...etc ⁴³. Pero como es sabido el término tal como es usado hoy en día fue introducido

⁴² Este es el punto de vista de Boerner, que también adopta, una distinción análoga a la nuestra, entre estereotipos e imagen, «Bild von anderer Nationen», en el trabajo «Das Bild von anderen Land als Gegenstand literarischer Forschung», en *Deutschlands literarische Amerikabild*, ed. por A. Ritter, Hildesheim, 1977, págs. 28-36. En otro campo distinto, y al revés de lo que suele suceder entre los historiadores franceses, S. Marandon distingue también entre estereotipo y prejuicio situando en un escalón superior de mayor comprensión a la imagen, cfr. *L'image de France dans l'Angleterre victorienne*, Paris, 1967, pág. 125 ss.

⁴³ Del uso y origen de estereotipos y tipologías nacionales da cuenta HODGEN, Margaret, *Early Anthropology in the sixteenth and seventeenth centuries*, Philadelphia, 1964, muchos de estos estereotipos se mostraron resistentes al tiempo y siguen aflorando en forma de prejuicios, basta con leer incluso a renombrados autores contemporáneos, o consultar los resultados de las encuestas de los

por Walter Lippman, que lo explicaba por la necesidad que en una democracia moderna tienen los líderes y ciudadanos de tomar decisiones sobre cosas de las que no entienden bastante. De esta manera el estereotipo termina formando un seudointorno de ideas (*pictures in our head*) que pueden disputar a lo representado incluso la categoría de lo real, puesto que estas imágenes, dentro de un mundo confuso, garantizarían cierta coherencia (*consistency*). Las notas que lo definen son, las de ser un concepto más simple que complejo, más falso que verdadero, de segunda mano y resistente al cambio ⁴⁴.

Como resumen de una dilatada discusión, podría afirmarse que el estereotipo, sin sufrir una depreciación tan radical como la que experimenta en el campo de la literatura, no ha dejado de tener mala prensa en el de las ciencias sociales. Aunque es verdad que no han faltado intentos de ponerlo a salvo, como necesario elemento de orientación y conocimiento ⁴⁵.

La imagen, por el contrario, se ofrece en principio como dotada de un contenido más rico, diferenciado y estructurado que el estereotipo, con mayor contenido de información y no reducible a una frase o a un tópico. Una imagen nacional, nos dice por ejemplo William A. Scott, comprende *the totality of attributes that a person recognizes (or imagines) when he contemplates that nation*, uniendo *beliefs about nations, feelings toward them, and notions of what ought to be done in relation to them* ⁴⁶. La imagen agrupa, por lo tanto,

sociólogos. Franz Karl Stanzel ha mostrado como los tópicos nacionales de la primera modernidad son movilizados en la propaganda bélica de las dos guerras europeas, en «Das Nationalitätenschema in der Literatur und seine Entstehung zu Beginn der Neuzeit» en *Erstarrtes Denken*, *op. cit.*, págs. 84-96. Aunque actualmente la psicología social desconfie profundamente de cosas como el «carácter nacional», y prefiera tratándose de sociedades complejas y plurales hablar de «modal personality structures» (ver LINDZEY, G., y ARONSON, E., *The Handbook of Social Psychology*, Reading Mass, 2.ª ed., 1969, v. 4, pág. 424 ss.), no por eso han dejado de jugar un papel importante en la opinión pública los viejos tópicos.

⁴⁴ LIPPMANN, W., *Public Opinion*, New York, 1922. Mientras que en el texto de Lippman el estereotipo en su resultado final desemboca en la imagen, en otros autores en origen se identifica con prejuicio, acentuándose así su sentido peyorativo, cf. ALLPORT, G. W. «The Nature of Prejudice», Reading Mass, 1954: estereotipo es un *exaggerated belief associated with a category ... stereotype enters when, and if, the initial category (de prejuicio) is freighted with «pictures» and «judgments»...*, págs. 190-191.

⁴⁵ Sobre todo el complejo de cuestiones en torno a estereotipo y prejuicio, y no sólo en el campo literario, ver SIX, Bernd, «Stereotype und Vorurteil im Kontext sozialpsychologischer Forschung», en *Erstarrtes Denken*, *op. cit.*, págs. 41-54. Un intento de salvamento del «pensamiento en estereotipos», por considerarlo inevitable y útil, en DUUKER, Hubert C. J., y FRIDJA, Nico H., *National Character and National Stereotypes*, Amsterdam, 1960, pág. 125 ss. Por último: el cliché, en principio un estilema fosilizado que ha perdido su connotación estética, también ha sido incorporado al repertorio de la imagología; en principio todo estereotipo estéticamente no deja de ser un cliché, pero no todo cliché constituye un estereotipo, cosa evidente si recordamos algún ejemplo de cliché literario, «las perlas de su boca» o «el astro de la noche»... Sin embargo los clichés propiamente dichos pueden jugar un papel muy importante en la movilización política, ver ZUIDERVELD, Anton C., *On Cliches*, London, 1979, especialmente pág. 67 ss.

⁴⁶ SCOTT, W. A., «Psychological and Social Correlates of International Images», en *International Behavior: A Social-Psychological Analysis*, ed. por Herbert Chanoch Kelman, New York, 1965, pág. 72.

momentos cognitivos, afectivos y conativos, pudiendo añadir que de su equilibrio, como veremos más adelante, depende su grado de verosimilitud, de adecuación a la realidad. El contenido de este tipo de imágenes, es decir de las imágenes movilizadas en la percepción de la política internacional, reposa, como se ha indicado antes, más en lo inculcado en procesos de socialización, enseñanza y ocio, y en lo transmitido en los «media», que en la experiencia directa. Es más, una vez establecidas funcionan como filtro selectivo de posibles contactos con el objeto real al que se refieren, tal como puede apreciarse en la literatura de viajes ⁴⁷.

Así, de una manera más diferenciada pero análoga a como sucede en el estereotipo, la imagen garantiza una economía de esfuerzos en la interpretación del mundo que nos rodea, en este caso del mundo de las otras naciones.

Conviene distinguir entre la génesis y la difusión de las imágenes. Por lo que hace a lo primero, la función de la imagen del otro como medio de afirmación del yo (nacional) no deja de ejercer cierta influencia en la selección de los rasgos, pero esta función no puede primarse hasta el punto de reducir la percepción del extraño, como hacen ciertos antropólogos, a una estructura predeterminada antinómicamente, la propia identidad puesta al revés, por así decirlo ⁴⁸. Quizá esto sea cierto tratándose de fases primitivas o premodernas, y puede aproximarse a lo que sucede tratándose de la formación de estereotipos, pero no en el caso de las imágenes. Papel más determinante juegan como condicionantes los factores que menciona un clásico en la materia, Kenneth Boulding. Son sucesivamente, la situación geográfica de un país respecto a otro, la relación amigo o enemigo, y la relación poder o debilidad ⁴⁹. Desde nuestro punto de vista lo significativo en esta enumeración, aparte de la discutible jerarquización que implica el orden de sucesión, es la ausencia de la dimensión histórica, ausencia que como en tantas otras ocasiones delata a proclividad al formalismo de cierta ciencia política. Creemos que no puede prescindirse de la memoria, donde se almacenan en tiempo largo pasadas per-

⁴⁷ Aún sin plantearse el problema en los términos que hoy se hace, la vieja obra de William E. Mead sobre el clásico recorrido de los ingleses por el continente, abunda en ejemplos de relatos de viajeros condicionados por la imagen nacional, que de cada uno de esos países existía en Gran Bretaña, *The Grand Tour in the Eighteenth Century*, Boston; New York, 1914 (reimpresión New York 1972).

⁴⁸ La imagen propia aparecería así como mero negativo de la imagen del extraño, ya que en opinión de un autor como HEUSE, Georges, *L'observateur a tendance à passer sous silence les faits que sont similaires a ceux de l'émie a laquelle il appartient, alors que les faits divergents son très souvent exagérés*, en *La psychologie ethnique*, Bruxelles, 1953, pág. 70. Los psicólogos sociales por su parte han insistido en la llamada «percepción etnocéntrica» que tiende, entre otras cosas, a reafirmar implícitamente la propia identidad, las virtudes, los rasgos positivos que se echan de menos en la del extraño, cfr. Klineberg, *op. cit.*, en nota 36, pág. 104 ss.

⁴⁹ BOULDING, K., «National Images and International Systems» en *International Politics and Foreign Policy*, ed. por James N. Rosenau, New York, 1962, págs. 422-431, donde además se dice *the image, must be thought of as the total cognitive, affective, and evaluative structure of behavior unity, or its internal view of itself and its universe.*

cepciones que no siempre pueden contemplarse como fondo de paisaje inmovil de la política cotidiana, sino todo lo contrario ⁵⁰. Hecha esta salvedad, no habría que añadir mucho más a esta relación de factores que, no solo condicionan la formación de la imagen en sus primeros niveles (obras de divulgación, textos escolares, publicística ...etc), sino que puede muy bien suponerse seguirían actuando en su difusión social.

Por lo tanto, la imagen en origen no tiene porque dejar de responder a un esfuerzo racional de aprensión de la realidad, y esto es lo que sucede en muchos casos ⁵¹. Creemos que su relación con el estereotipo se ha visto oscurecida por el hecho de que este concepto se ha pensado siempre como sustantivo y no como adjetivo ⁵², lo que ha tenido como consecuencia, la disyuntiva de verse obligados a escoger entre una identificación completa o una diferenciación total entre los dos conceptos, el de imagen y el de estereotipo.

Por el contrario, si además de «estereotipo», hay «estereotipización», pueden admitirse entonces grados, que permiten detectar la rigidez de ciertos perfiles en una imagen, o llegado el caso su degradación o empobrecimiento hasta su transformación en estereotipo. En situaciones de crisis o ante fenómenos desconcertantes una respuesta de la imaginación social consiste en la manipulación de imágenes hasta hacer de ellas estereotipos, para encontrar una respuesta expeditiva y rápida, reacción que a veces alcanza niveles impensables, llegando a influir hasta en la elaboración histórica ⁵³.

A pesar de cierta tendencia a la permanencia, tendencia propia de todos los productos sociales, las imágenes son sensibles a los cambios que registra

⁵⁰ En la prensa europea de comienzos de siglo la imagen de la nación rival se adereza siempre con una reconstrucción interesada de la historia, tratándose de Gran Bretaña doy abundantes ejemplos de esto en mi trabajo mencionado. Solo por citar una anécdota: la virulenta campaña de prensa de Federico II de Prusia contra Inglaterra, cuando esta potencia le retiró los subsidios en 1791, dejó tal huella en la memoria histórica alemana que, más de un siglo después, Bismarck recordándola veía en Inglaterra una nación de la que no podía fiarse, ver RASEHD, Zenab Esmat, *The Peace of Paris 1763*, Liverpool, 1951, pág. 206. Y ya que hablamos de Inglaterra es sabido que cada nación tiene su propia genealogía e instrucciones de uso para el estereotipo de la «perfidia Albión»...

⁵¹ Por eso, creemos poco afortunada la inclusión de las imágenes nacionales como tales en el registro de «comportamientos muy distintos a los de la racionalidad», como hace MERLE, Marcel, en su *Sociología de las Relaciones Internacionales*, 2.ª ed., Madrid, 1974, pág. 4; pág. 491-3.

⁵² Esta es cosa que muy acertadamente señala HARDING, J., s. v. «Estereotipo» en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Madrid, 1974, t. IV, pág. 491-3.

⁵³ Un ejemplo lo constituyen las distintas imágenes de Alemania a través de la obra de William Harbutt Dawson, uno de los mejores conocedores ingleses de aquel país y de los más leídos en la época. Sus dos primeras obras, *Germany and the Germans* de 1894 y *The Evolution of Modern Germany* de 1908, aunque no dejan de acusar el cambio de la coyuntura internacional, la imagen de Alemania no resulta esencialmente afectada por esto. El equilibrio se rompió bajo la presión de las circunstancias bélicas en 1915, en *What is wrong with Germany?*, pregunta que halla su contestación en el carácter alemán, *this war and the will of power to wage it are the emanation of a spirit of militarism which pervades and dominates as no other country and nation in the modern world*, (pág. ix de la introducción). Como en el poema del *Punch* que citamos al principio, la Alemania de los poetas y pensadores había desaparecido.

la realidad de su objeto, en lo que se diferencian también de los estereotipos. Pero en todo caso, cambian lentamente, sobre todo en sus versiones en origen más elaboradas, de tal manera que puede darse el caso de que cuando una nueva imagen comienza a afianzarse el dramatismo de los sucesos la haga caduca o inservible, las imágenes entonces ya no sirven⁵⁴. La opinión pública puede ser sacudida violentamente y los «media» pueden juzgar necesario apoyar el nuevo estado de ánimo respecto a un país determinado, llegando la hora de los estereotipos y la propaganda. Por otra parte ha habido científicos sociales empeñados en catalogar las influencias posibles de los sucesos sobre la imagen y en calcular los porcentajes de cambio que se registran en la opinión, pero por lo que hace a lo primero no nos parece que hayan concluido más que obviedades y por lo que hace a lo segundo muestran una confianza en las estadísticas que juzgamos excesiva⁵⁵.

Otra cualidad que diferencia a las imágenes de los estereotipos, que tienden a ser únicos y excluyentes en su calificación de una nación, consiste en que las imágenes admiten cierta pluralidad, pueden solaparse precisamente en la medida en que responden al deseo de reflejar, con todos los condicionamientos que se quiera, la realidad. Puede haber, y ha habido, por ejemplo, dos imágenes de Alemania, «las dos Alemanias, simultáneas y complementarias». Otra cosa es que la relación entre ambas imágenes se conciba de distinta manera según la coyuntura política, llegando a la alteración completa de alguna de ellas⁵⁶.

⁵⁴ El ejemplo más dramático de este desfase, lo constituye el proceso de neutralización de estereotipos e imágenes negativas de Alemania que se comprueba en la época de entreguerras, en una obra de divulgación histórica como la *Europe in the Nineteenth and Twenty Century* de TEMPERLY, Harold, y Grant, James A., publicada en 1927. El periodo para el asentamiento de la nueva imagen, de la Alemania republicana, en la publicística fue muy corto, cuando esta obra alcanzaba su décima edición, Hitler llegaba al poder y había que volver a interpretar Alemania...

⁵⁵ Nos referimos al trabajo de DEUTSCH, Karl W., y MERRIT, Richard L., «Effects of Events on National and International Images», en *International Behavior...*, *op. cit.*, en nota 46, pág. 139 ss. Los autores multiplican de manera complicada las alternativas posibles, que en resumen terminan limitadas a tres: que los acontecimientos confirmen la imagen, que la cambien o que le sean indiferentes. La conclusión muestra una rotundidad desconcertante: *almost nothing in the world seem to be able to shift the images and attitudes even of the remaining 50 or 60 percent of the population are extremely rare, and these rare occasions require the combinations and mutual reinforcement of cumulative events with spectacular events and substantial government efforts as well as the absence of sizable cross-pressures.*

⁵⁶ Por ejemplo, en Gran Bretaña desde 1870 existían dos imágenes de Alemania, «las dos Alemanias», la romántica y la industrial-prusiana, que según las épocas guardaban una relación de complementariedad o de oposición. Un texto como el poema del *Punch* resolvía esta dualidad proclamando drásticamente que la primera no era más que una máscara de la segunda, la Alemania verdadera. Una solución más compleja, y destinada a más larga vida, fue la propuesta por aquellos mismos años por el gran historiador inglés BERNSTEIN NAMIER, Lewis, en su obra de divulgación *Germany and Eastern Europe*, London, 1915, donde, de manera paradójica para la opinión de la época, el mayor peligro para Europa no provendría de Prusia y su militarismo, sino de la otra Alemania, de la Alemania débil y soñadora, con sus fluctuantes ambiciones y sus ideales nunca realizados.

Por último, las imágenes de otro país también dependen de la relación que guardan con las de los demás. Podría decirse que las imágenes, por lo menos de los países más importantes, pueden afianzarse o variar en la medida en que responden o dejan de responder al sistema formado por la interrelación de todas ellas. Antes de la guerra europea, por poner un sencillo ejemplo, las imágenes que Inglaterra se hace de Francia y de Alemania reposaban en cierta medida sobre dos visiones antitéticas en cada caso, la Francia conservadora y responsable frente a la Francia chauvinista e inconstante, la Alemania potente e industrial y la Alemania militar y autoritaria. La guerra hace bascular el equilibrio de las imágenes, Francia se potencia como nación heroica y aguerida (la confianza en el ejército francés) y Alemania, simultáneamente, se degrada como régimen militarista y brutal. En la época siguiente, después de Versalles, dada la situación de hostilidad francogermana, por lo menos hasta Locarno, cada cambio de imagen de una de las dos sigue suponiendo un cambio en la imagen de la otra de signo opuesto. Naturalmente, estos cambios en los xenotipos se verifican respaldados por la alta idea de sí mismos que tenían los ingleses, un país donde todavía en 1933 había quien creía que Inglaterra era la única nación capaz de apelar con toda autoridad a las demás naciones del continente, y que no era señal de arrogancia el proclamar que Inglaterra había salvado a Europa en todas sus crisis...⁵⁷.

Una cuestión importante, es la de si a la postre imágenes (y estereotipos) se limitan a reflejar el estado de las relaciones entre dos países o si las influyen o aún determinan. De todo lo dicho puede en principio extraerse la misma conclusión general a la que llega Klineberg: las imágenes son estimuladas por la naturaleza e intensidad de las relaciones, y a su vez las mismas imágenes condicionan hasta tal grado la percepción, que sería extraño que no las pudiesen influir de alguna forma⁵⁸. Si recordamos además, que *los hombres responden, no solo a los rasgos objetivos de una situación, sino también, y a veces primordialmente, al sentido que una situación tiene para ellos*, y que puede darse el caso de *que su conducta consiguiente, y algunas de las consecuencias de esa conducta, sean determinadas por el sentido atribuido*⁵⁹ si recordamos todo esto no puede extrañarnos que incluso en los casos de sesgamiento de la imagen, hasta perder contacto con la realidad, su influencia en la opinión pueda ser decisiva.

Pero si del campo de la publicística y de los movimientos de opinión pasamos a estudiar los actores decisorios de la política internacional, el tema se

⁵⁷ DAWSON, W. H., *Germany under the Treaty*, London, 1933, págs. 405-6, obra donde se aprecia muy bien una evolución implícita de los xenotipos nacionales de Alemania y Francia, como la expuesta en nuestro texto.

⁵⁸ KLINEBERG, *op. cit.*, en nota 37, págs. 51-52.

⁵⁹ La cita es de MERTON, Robert K., en su *Social Theory and Social Structure* (1957), comentando el llamado «teorema de Thomas», la afirmación de W. I. Thomas de que *si los individuos definen las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias*, es decir con independencia de la adecuación de su definición a la realidad objetiva (por la edición castellana de *Teoría y estructuras sociales*, Méjico, 1965, pág. 419).

complica. En principio, las élites políticas pueden coincidir imaginativamente con sus opiniones públicas a través de los llamados «mapas cognitivos», que reflejan lo que se cree es el perfil de la situación mundial en un determinado momento, albergando tanto imágenes como estereotipos⁶⁰. Pueden también utilizar con algún cinismo rasgos de estas imágenes que sean de utilidad para justificar políticas que obedecen a motivos menos confesables en el momento que se llevan a cabo⁶¹. También en la interacción personal que supone el juego de la diplomacia clásica pueden correr el peligro de dejarse influir por estereotipos heredados. Así, por ejemplo, Austen Chamberlain, cuenta en sus memorias que Lord Asquith le previno, en vísperas de las negociaciones que llevarían al tratado de Locarno en 1925, contra Stresemann al que consideraba un «genuine junker» muy duro de tratar⁶². Evidentemente el venerable Lord Asquith, que había sido primer ministro en los años críticos de la primera guerra mundial, seguía alimentando su imaginación con las imágenes movilizadas al comienzo de las hostilidades en agosto de 1914, pues sino, no se explica como podía aplicar el calificativo de «junker» a un Stresemann, que no tenía nada que ver con un terrateniente de noble cuna, sino que hijo de un pequeño comerciante de cervezas, su primer trabajo fue el de administrador de una fábrica de chocolates. Pero la comparación testimonia la persistencia de una imagen de los políticos alemanes, y no por políticos, sino precisamente por alemanes. Afortunadamente Chamberlain comprobó por sí mismo lo infundado de tal opinión.

Pero el verdadero problema consiste en valorar el papel que la percepción, condensada en imágenes, juega en los procesos de decisiones de los actores de la política internacional. Hasta época relativamente reciente ésta fue una cuestión abordada, sobre todo, por autores americanos, de orientación «behaviorista», que pretendieron constituir una psicología social de las relaciones internacionales como disciplina independiente⁶³. En un giro que algunos cali-

⁶⁰ Ver HOLSTI, O., «Foreign Policy Formation Viewed Cognitively», en *Structure of Decision. The Cognitive Maps of Political Elites*, ed. por R. Axelrod, Princeton, 1976, págs. 18-54.

⁶¹ Por citar, de entre muchos, algún ejemplo recordemos aquí las referencias al carácter español para justificar la política de no intervención en la guerra civil que hace Eden en sus memorias: «...el gobierno británico no tenía deseo alguno de verse envuelto en una guerra civil española, ni tampoco estaba convencido de que, cualquiera que fuera su resultado, los españoles sentirían gratitud por los que habían intervenido. Esta lección ya se había aprendido en la guerra peninsular de hacía más de un siglo, en la que los soldados y estadistas británicos pudieron ver que sus aliados eran valientes, pero orgullosos, poco puntuales y xenófobos...», EDEN, Anthony, *Memorias 1923-1938*, Barcelona, Noguer, 1962, pág. 525; y ver también pág. 573 y 577, (*The Eden Memoirs. Facing the Dictators*, London, 1962).

⁶² CHAMBERLAIN, Sir Austen, *Down the Years*, London, 1935, pág. 685.

⁶³ Aquí habría que citar, sobre todo, a KELMAN, Herbert C., con su artículo «Social-Psychological Approaches to the Study of International Relations», en el volumen que editó bajo el título de *International Behavior. A social-Psychological Analysis*, New York, 1965, págs. 3-39. Además son obras significativas las de RIVERA, J., *The Psychological Dimension of Foreign Policy*, Columbus (Ohio), 1968; *International Crises: Insights from Behavioral Research*, ed. por C. F. Herman; *Quantitative International Politics. Insights and Evidence*, ed. por J. David Singer, New York, 1968; *Cognitive Dynamics and International Politics*, editada por Chr. Jönsson, London, 1982.

ficaron de copernicano, se abandonó el Estado, los grupos o las clases, como unidades de análisis, para centrarse en los individuos, construyendo «modelos decisorios» que tenían en cuenta sobre todo sus percepciones y expectativas, *la llamada acción de los Estados no es más que la traducción de como los individuos responsables de las decisiones conciben subjetivamente una situación*⁶⁴. A pesar de algunas salvedades⁶⁵, esta «behaviorización» de la política internacional llevó en la mayor parte de los casos a una inevitable «psicologización». De esta manera se ha llegado a explicar, por ejemplo, la crisis de 1914, desencadenante de la primera guerra mundial, con un complicado modelo de estímulos y reacciones entre los actores⁶⁶. Pero, como concluye uno de los críticos de esta escuela, *el comportamiento de los individuos y grupos no es lo decisivo de las relaciones internacionales, sino la naturaleza de sus intereses que condiciona su comportamiento político*, resulta imposible encerrar en un sistema, por muy matemáticamente refinado que sea, los diferentes comportamientos individuales, pero sí puede intentarse con la red de intereses económicos y sociales subyacentes⁶⁷. Para el tema que nos ocupa, es natural que a partir de estas premisas, imágenes y estereotipos resultasen privilegiadas hasta extremos difícilmente aceptables⁶⁸.

Sin embargo, y a pesar del reduccionismo psicológico, y a su consecuencia de reducir la historia al estudio del área de la acción individual, la orientación behaviorista aportó interesantes contribuciones al estudio del papel que juega la percepción en las relaciones internacionales. Contribuciones que no tendrían que ser ignoradas por los historiadores, tal como ha venido sucediendo

⁶⁴ SYNDER, R. C. en *Foreign Policy Decision-Making*, ed. por R. C. Synder; H. W. Bruck y B. Sapin, New York, 1962, pág. 212.

⁶⁵ Así un autor como Heinz Eulau, por ejemplo, insiste en que la ciencia política behaviorista se concentra en la conducta de los individuos y en sus interacciones, pero también intenta explicar la de los grupos o grandes colectivos, aunque no deja de señalar que, en definitiva, tales entidades solo existen y actúan a partir de comportamientos individuales, ver EULAU, H., *The Behavioral Persuasion in Politics*, New York, 1965, pág. 15.

⁶⁶ HOLSTI, Ole R.; North, Robert C., y BRODY, Richard A., *Perception and Action in the 1914 Crisis*, en la obra editada por J. David Singer citada en la nota 63, págs. 123-158.

⁶⁷ La cita es de GEISS, Imanuel, en su *Kritisch Kommentar zu den Krisenstudien*, donde también dice que *el intento de estudiar la ruptura bélica de 1914 sobre la base de dogmas behavioristas, con métodos de simulación y cerebros electrónicos, y con un abuso de terminología sociológica y matemática que provoca el mareo*, constituye un fracaso desde el punto de vista de la ciencia histórica, ya que su resultado no dice nada nuevo, es una especie de parto de los montes obtenido con desmesuradas inversiones de tiempo y dinero, en *Konflikt-Eskalation-Krise*, ed. por K. J. Gantzel; G. Kress y V. Rittberg, Düsseldorf, 1972, págs. 357-65.

⁶⁸ Así SHARP, R., en *The Scientific Study of International Conferences*, New York, 1965, no vacila en explicar el éxito o fracaso de una conferencia por el juego de imágenes y estereotipos, citado en KLINEBER, O., *Psicología Social*, Méjico, 1963, pág. 518. Tesis que contrasta con el matizado punto de vista de un profesional de la historiografía diplomática como Werner Weidenfeld, cuando dice que *las imágenes nacionales funcionan sobre todo como filtros y, a través de las predisposiciones psicológicas de las élites que fijan la política exterior, ejercen solo cierta influencia sobre los procesos de decisión*, en *Die Englandpolitik Gustav Stresemanns*, Mainz, 1972, pág. 77.

en la mayoría de los proyectos de investigación iniciados a partir de los años ochenta que hemos citado anteriormente ⁶⁹.

Queda, por último, la cuestión de la correlación que pueda existir entre el carácter de la imagen de otro país y la política que se sigue frente a él. En principio los esfuerzos de deducir una determinada política de una determinada imagen no han llevado más allá del truísmo que afirma, por ejemplo, que «benign images» inclinan a una política de cooperación ⁷⁰. Por otra parte, en los casos de imágenes negativas su «grado de condensación» puede llegar hasta el extremo de imposibilitar cualquier intento de cooperación, al «demonizarse» axiomáticamente al adversario. Pero, normalmente la persistencia de una imagen en el fondo negativa no impide la existencia de políticas alternativas, tal como puede comprobarse en las políticas seguidas frente a la Unión Soviética desde 1917 ⁷¹. Por referirme a algo que conozco mejor ⁷² se podría aducir aquí el ejemplo de la política inglesa frente a Alemania en los años treinta. En el gabinete de Neville Chamberlain, y contra lo que algunos siguen creyendo, todos coincidían en una imagen predominantemente negativa de Alemania y, sin embargo, reinaba disparidad de criterios sobre la actitud a adoptar para neutralizar el potencial de conflicto existente. En tal caso, y manteniéndonos en el plano en que nos movemos en este trabajo, lo decisivo es si coincide la estrategia que podría resultar de la imagen del otro (en este caso, la imagen negativa de Alemania) con la estrategia que responde a la imagen de sí mismos (Inglaterra como garante de la paz, interés nacional). Si esto no sucede, tal como ocurrió en primera instancia, la incongruencia se resuelve en el terreno de la imaginación política en una conducta que atiende a la imagen propia y pospone la ajena, es decir con la política de *appeasement*.

Como conclusión final podríamos decir que en las relaciones internacionales las imágenes, la imaginación en suma, juegan un papel a veces difícil de

⁶⁹ Es verdad que la obviedad de muchas de las conclusiones de los trabajos de esta escuela provocaron, desde un principio críticas sardónicas, como el artículo de LEVY JR., Marion, significativamente titulado «Does it Matter if He's Naked? Bawled the Child», en *Contending Approaches to International Politics*, ed por K. Knorr, y J. N. Rosenau, Princeton, 1969, págs. 87-109. Pero también ha habido trabajos como el de JERVIS, Robert, *Perception and Misperception in International Politics*, Princeton, 1976, que evitando la «psicologización» de las relaciones internacionales, ofrecen un amplio análisis de la problemática de la percepción, desarrollada por estos autores, prestando además atención a la bibliografía histórica, todavía falta algo parecido elaborado desde la ciencia histórica, ver especialmente Part II Process of Perception, pág. 116 a 314.

⁷⁰ Ver SCOTT, *op. cit.*, en nota 46, pág. 76 y 74.

⁷¹ El volumen *Der Westen und Die Sowjetunion. Einstellungen und Politik gegenüber der UdSSR in Europa und den USA seit 1917*, Paderborn, 1983, editado por G. Niedhart, ofrece un estudio de la «Perzeptionsproblematik» que respalda lo dicho en el texto. Aquí se encuentra la cita de John Foster Dulles del año 1950 que representa este «Verdichtungsgrad» de la imagen del otro a que aludimos: *Soviet Communism starts with an atheistic, Godless premise. Everything else flows from that premise*, pág. 226.

⁷² En mi tesis doctoral, *Opinión Pública y Relaciones Internacionales. La percepción de la política de «appeasement»*, Zaragoza, 1993, trato de la percepción de la política inglesa tanto por los medios, prensa principalmente, como por los círculos influyentes de las élites políticas y sociales.

valorar, pero indiscutible. Su existencia se acusa, no solo en el campo coral y manipulable de la opinión pública, sino que también se percibe su presencia en el virtuosismo solista de los diplomáticos o en la dirección de orquesta que ejercen gobernantes y élites decisorias.

Y siguiendo con la imagen, que esta vez es musical, podríamos añadir que así como en las partituras corales (prensa y publicística) se manifiestan claramente, a veces hasta el exceso, imágenes y estereotipos; en las otras partituras (actas, minutas e informes diplomáticos y fuentes análogas) se reflejan en primer lugar hechos y expedientes políticos y solo secundariamente afloran las actitudes o prejuicios de fondo. Por eso, a veces es necesario emplear mucho tiempo para, a través de un filtrado de las fuentes, que no excluye la aplicación de las técnicas lingüísticas, llegar a buen puerto en un trabajo de investigación ⁷³.

Para terminar. En un campo que ya no es el de la investigación histórica, en el campo de los estudios sobre la paz, también se ha prestado atención al papel que puedan jugar las imágenes nacionales en el desarrollo de estrategias para disminuir tensiones y aproximar los pueblos unos a otros. Ciertamente en el tema que nos ocupa la experiencia del pasado no es muy alentadora, en épocas de crisis incluso la imaginación poética, aunque se trate de un texto tan mediocre como el citado del *Punch*, se alimentó de estereotipos que fomentaban el odio a un vecino convertido en enemigo. Pero también es verdad que incluso en circunstancias que se prestaban a la descalificación sin matices de pueblos enteros, fue esta misma imaginación poética la que supo poner a salvo la individualidad y la diferencia. El *Epitaph for Anton Schmidt*, escrito tras la segunda guerra mundial por el poeta inglés Thom Gunn es el ejemplo de que, como dijo Hannah Arendt, *bajo el terror la mayoría se doblega, pero algunos no*, y algunos también eran alemanes ⁷⁴. El poeta concluía así su epitafio al sargento Schmidt, que salvó a trescientos judíos del ghetto de Wilma

*I see him in the Polish snow,
His muddy wrappings small protection,
Breathing the cold air of his freedom
And treading a distinct direction* ⁷⁵.

⁷³ Sobres estas cuestiones de metodología preparo otro artículo de próxima publicación.

⁷⁴ ARENDT, H., *Eichmann in Jerusalem. Ein Bericht über die Banalität des Bösen*, München, 1976, pág. 278. Este libro, que da cuenta de la peripecia de Anton Schmidt, fue el que inspiró al poeta inglés.

⁷⁵ GUNN, Thom, *Touch*, London, 1967, pág. 55.